

UN CASO DE TARANTISMO EN MAHORA

Por José M. ALMENDROS TOLEDO

En la popular zarzuela de Jerónimo Giménez y Julián Romea que lleva por nombre "La tempranica", estrenada el año 1900, en el zapateado n.º 2, uno de sus personajes se lamenta de la dolencia que le aflige y cuya sintomatología él atribuye a una cruel dolencia.

“...zerá que a mí me ha picao
la tarántula dañina
y estoy toico enfermao
por su sangre tan endina.
Ze coman los mengues,
mardita la araña
que tié en la barriga
pintá una guitarra.
Bailando ze cura
tan jondo doló...”

Queja cuyo origen es preciso aclarar, puesto que, desde siempre, a la picadura de este robusto y velludo arácnido, la tradición popular la ha considerado como muy peligrosa y supuesto toda suerte de nocivas consecuencias para la salud. Se tenía por cierto, que la personalidad de cualquier individuo inoculado por la tarántula, por muy tranquilo y pacífico que pudiera ser su carácter en circunstancias normales, sufría toda suerte de transformaciones que le convertían en persona insensata, demente y bulliciosa. Eran diversos los síntomas que la creencia popular —y la de no pocos médicos— atribuían a los efectos del veneno, pero sobresalía entre todos como los más frecuentes y visibles, la frenética manía del enfermo a dejarse arrastrar por la danza cuando era excitado por determinados acordes musicales. Andrés Laguna, al hacer su comentario sobre la obra médica de P. Dioscórides, define las diversas reacciones de los tarantulados de la siguiente manera: “*Porque unos cantan, otros ríen, otros lloran, otros saltan, otros duermen, otros sudan, otros tiemblan y, finalmente, otros hacen cosas extrañas. Empero a todos los accidentes tan discrepantes es un remedio común la música: la qual mientras dura, cada uno torna en sí mismo, y parece no tener mal ninguno, y cessando la voz, o los instrumentos, vuelve a su primer locura...*” (1).

La experiencia popular había aprovechado este poder de estimulación que provocaba la música en los tarantulados utilizándolo como un eficaz contraveneno, ya que les incitaba a bailar, y era general la creencia que la intensa

(1) (P. Dioscórides) A. Laguna, *Materia medicinal*. Salamanca 1570, Lib. II, Cap. 56.